

Tecnología, dominio y creación. A los 50 años de la *Populorum Progressio*.

Ignacio Quintanilla Navarro
Universidad Complutense de Madrid

I

Primero fue la *computación*, luego la *cibernética*, luego la *teoría de sistemas*, las *TIC*, la *IA* y la *WEB*, luego la *Singularidad*, el *Big Data*, el *Internet de las Cosas* y ahora *Blockchain*. No son meros nombres. Detrás de cada uno de estos términos hay novedades conceptuales significativas y horizontes reales de transformación de nuestras vidas. Y cuando se quiere pensar todo esto desde una perspectiva humana, inteligente, rigurosa, podría invadirnos una sensación de urgencia abrumadora y acabar pensando que, o bien se está permanentemente a la penúltima novedad y no se puede meditar a fondo, o bien se reflexiona con la debida profundidad y se pierde el hilo de la innovación.

Este fatal dilema no se ajusta a la realidad. Por eso la primera aportación de este trabajo quiere ser una llamada a la serenidad. El avance de las TIC o de la biotecnología introduce cambios esenciales en la realidad humana y social. Minimizar esos cambios sería un error, pero lo más relevante de ellos - desde una perspectiva filosófica - se podía pensar ya, y de hecho se está pensando, desde mediados del siglo pasado. Nombres como Herbert A. Simon o Hans Jonas podrían ejemplificar esta afirmación.

La nueva fase tecnológica que está inaugurando la humanidad, y que se fragua en torno a las dos Guerras Mundiales, abre un mundo de posibilidades cuya realización efectiva un año antes o un año después es teóricamente trivial. Todas las implementaciones reales que semana tras semana nos presentan nuestros medios de comunicación llevan ya decenios descontadas y, como recordaba Lewis Mumford en el Nueva York de comienzos del XX, el espíritu de nuestro tiempo hace mucho tiempo que incorporó entre sus creencias fundamentales la de que *ya es todo posible*.

Por supuesto no todo es posible, pero ahora hay dos novedades cruciales. La primera es que no es fácil determinar de antemano qué vaya a ser posible y qué no – cosa que antes no sabíamos porque dábamos por sentadas infinidad de imposibilidades que han demostrado ser falsas. La segunda es que el ámbito del conocimiento humano que se ocupa propiamente de lo que es posible y de lo que no lo es ya ha dejado de ser la ciencia y ha pasado a ser la tecnología. Estas dos novedades culturales son cruciales y dejan en suspenso una parte muy significativa de nuestra racionalidad social, humanística y filosófica.

En este estado de cosas, llevamos ya algunos decenios años consolidando un "corpus filosófico" estimable y consistente de lo que podemos llamar *filosofía de la técnica*. Se trata de una nueva rama de la filosofía que es fundamentalmente distinta de la filosofía de la ciencia, el trabajo, la economía o la ética, y en la que se va a apoyar este trabajo. Y aquí me parece obligado mencionar a un extraordinario pensador e ingeniero católico, injusta y temerariamente olvidado, y cuya figura encarna como pocas el respeto intelectual que la filosofía de la técnica merece: Friedrich Dessauer. La seriedad y el rigor de su obra nos lleva, justamente, al segundo principio operativo que quiere fomentar este escrito: la seriedad y el rigor.

La técnica humana es algo muy serio. No es ciencia aplicada, no es satisfacción de necesidades o supervivencia, no es "apaño" o ingenio instrumental para lograr unos fines ya dados. La técnica es un suceso cósmico objetivo y sin técnica no hay ni condición humana ni comprensión humana del ser – tampoco del ser divino. Hay que tomarse, por tanto, muy en serio esta filosofía porque ignorarla como ámbito de original y radical reflexión filosófica es fallarle estrepitosamente, como intelectual, como teólogo, como humanista, a la humanidad de nuestro tiempo.

Por eso nuestro tercer principio preliminar es el de la humildad y la prudencia. Afrontamos un territorio de complejidad y extensión vastísima y nosotros, en este trabajo, vamos a asomarnos solamente un poco a una de sus regiones. Veamos cuál.

II

Un error típico a la hora de pensar la tecnología humana desde parámetros humanísticos o filosóficos es centrar la tarea en la ponderación de riesgos. Anticipar riesgos tecnológicos y dotarnos de herramientas intelectuales para combatirlos es muy importante, pero no es la tarea más importante de la inteligencia frente a la técnica. En primer lugar porque los riesgos son inherentes a toda actividad humana significativa - ya sea llegar con barco a América o volver en barco la China. En segundo lugar, y sobre todo, porque el ámbito de la prudencia es solo el nivel más elemental de reflexión sobre la técnica humana y es radicalmente incapaz de introducir, por sí solo, racionalidad en el cambio tecnológico humano. Entender por qué los seres humanos hacemos técnica y por qué cambia la tecnología que hacemos, aunque no sea una tarea tan urgente, es mucho más importante que anticipar los riesgos de la clonación o del Big Data. Por esta razón, en toda controversia racional sobre la técnica debemos distinguir tres niveles muy diferenciados de argumentación.

El más básico es el de estimación de riesgos del tipo: si talamos todo el Amazonas no habrá suficiente oxígeno y moriremos todos o todos viviremos mucho peor. Se trata de un nivel de debate esencialmente técnico, que establece hipótesis contrastables y más o menos plausibles y que admite, además, soluciones técnicas. Por ejemplo, eso no sucedería si aprendemos a fabricar oxígeno

barato o a controlar el clima. En este nivel de reflexión sí que rige, ante todo, el principio de prudencia y anticipar riesgos es crucial aunque cada vez más problemático e incierto.

El segundo nivel de debate es el que requiere aplicar principios jurídicos, éticos o filosóficos ya conocidos a situaciones inéditas, como la propiedad del ADN de un ciudadano o la regulación de la privacidad en Internet. Aunque esta aplicación puede requerir una extraordinaria dosis de trabajo e inteligencia no exige, sin embargo, producir filosofía nueva, ética nueva o política nueva, ni mucho menos revisar toda la que ya se ha hecho. Los derechos de la Humanidad o de los pueblos aborígenes sobre el bosque amazónico, frente a los de una empresa maderera, pueden dar lugar a debates muy complejos pero no exigen cambiar los fundamentos seculares de nuestra moral o nuestra jurisprudencia. Aquí rige el principio de justicia

El tercer nivel de debate - que es el nuestro - es aquél en el que la propia argumentación jurídica, moral o filosófica queda comprometida por un nuevo contexto filosófico y el cambio tecnológico exige un cambio filosófico radical y genuino. Por ejemplo la desactivación de la distinción original y copia o la posibilidad de realmente exista inteligencia artificial en un sentido propio del término obligan a reinterpretar a Platón, a Kant o a Hegel. En este nivel de argumentación rige el principio de veracidad y de las posibles soluciones que se proponen a los problemas de este nivel se siguen consecuencias filosóficas y teológicas de gran alcance.

Un ejemplo muy sencillo de argumentación en este tercer nivel es el que plantea la cuestión del origen mismo del cambio tecnológico. Utilizando aquí los términos "antes" y "después" en un sentido que puede ser cronológico o metafísico, si nos preguntamos por la relación entre el origen de la técnica y el origen de la condición humana tenemos tres escenarios conceptuales muy distintos. O bien la técnica es una realidad en el universo antes de que surja la condición humana - porque también algunos animales la aplican, por ejemplo - o bien es posterior a la aparición de la condición humana - que la adopta como recurso adaptativo - o bien es rigurosa y estrictamente simultánea. No solamente la noción de técnica o de condición humana, sino también las nociones mismas de ser, universo o verdad en su sentido más profundo van a depender de cuál de estos tres escenarios escojamos.

Para el lector interesado en proseguir esta argumentación e iniciarse en la filosofía de la técnica se incluyen al final de este trabajo cuatro recomendaciones bibliográficas. En cualquier caso, es hora ya de centrarnos en la cuestión específica de la tecnología en doctrina social de la Iglesia y, para ello, proponemos una pregunta bastante simple. ¿Es el cristianismo más bien tecnófilo, más bien tecnófobo o se atiene sobre todo a la noción de que la técnica no es en sí misma buena o mala y todo depende de su uso?

III

Aunque resulte sorprendente se trata de uno de los primeros y más recurrentes problemas de la filosofía de la técnica y en él destacan nombres como Lynn White o Carl Mitcham. Se trata, por tanto, de un tema debatido por los expertos y con diversidad de opiniones. Mi opinión es que el cuerpo central de la tradición de pensamiento cristiana es esencialmente tecnófilo, es decir, que sin ignorar riesgos y peligros, estima la técnica y el cambio tecnológico como algo intrínsecamente bueno y necesario para llevar una vida humana plena. Esto explicaría dos cosas importantes: que la tecnología moderna - con todos sus riesgos y problemas - haya surgido en Occidente y que una actitud ecologista hacia la naturaleza sea condición necesaria pero no suficiente para perfilar lo esencial de una espiritualidad cristiana hacia la técnica. No es la Torre de Babel ni el Arca de Noé, sino el Templo de Salomón la metáfora primordial de lo técnico en la Biblia

El dominio del cosmos por parte del ser humano forma, para los cristianos, parte del designio divino de la Creación. Por supuesto este dominio tiene muchas lecturas entre las que cabe el cuidado, la contemplación, y una vocación de redención de la naturaleza que entroncan plenamente con nuestra actual sensibilidad ecologista. Qué duda cabe de que el dominio del pastor, el del artista, el del padre y el del tirano son dominios muy distintos y que el respeto a la naturaleza, además de ser hoy una medida de prudencia imprescindible - nivel 1 - es una exigencia de nuestro propio desarrollo espiritual y humano. Aunque la ecología no redimiera una brizna de yerba, acabamos de descubrir que sin ecología no podemos redimirnos nosotros - nivel 3.

Nadie cuestiona hoy que *ecologismo, naturaleza o tecnología* significan muchas cosas distintas y si este fuera un trabajo académico posiblemente tendríamos que haber empezado por hacer las debidas precisiones terminológicas. Pero dicho todo esto, me parece importante insistir en que una espiritualidad cristiana hacia la técnica no cabe esencialmente entera en ninguna clase de ecología - al menos en ninguna de las acepciones generalmente consensuadas del término. En mi opinión esto es así al menos por cuatro razones de naturaleza tanto filosófica como teológica que me parece importante no perder de vista.

IV

La primera de estas razones es que la tecnología - no solo ella pero también ella - es imprescindible para avanzar de manera significativa en el designio cristiano del destino universal de los bienes. Mencionaré, a mero título de ejemplo, que la salud, la información o el tiempo libre de calidad son elementos muy destacados de bienes sometidos a este principio y que, como intuye con sagacidad el viejo Aristóteles, en su *Ética a Nicómaco*, la naturaleza reserva este tipo de bienes exclusivamente a

unos cuantos que viven instalados en el trabajo de otros. Esto es inevitable a menos que procesos artificiales y artefactos puedan liberar de la servidumbre a todo el género humano y otorgar un tiempo libre de calidad con carácter universal.

La segunda es porque dar gratuitamente y sin empobrecerse - que es uno de los rasgos divinos que más nos divinizan y, por tanto, nos humanizan - es un rasgo específico, en el terreno material, del orden tecnológico y no del orden económico. Lo que nos lleva interesantes digresiones que no presentaré aquí y por cuyo implacable desarrollo lógico, en lo que se refiere a las relaciones entre economía y tecnología, el teórico de la técnica P. K. Engelmeyer – uno de los primeros filósofos de la técnica – fue, según parece, fusilado por Stalin.

La tercera es porque solamente mediante algún tipo de intervención técnica es posible traer al ser todas aquellas formas de existencia posibles que pueden existir o no existir dependiendo del diseño de la libertad humana. Es decir, solamente mediante la técnica el ser humano puede participar propiamente del don de la creación que también - incluso en su modalidad artística - depende del artefacto.

La cuarta, finalmente, es porque, como señalaba con su habitual e incomprendida puntería metafísica el ya citado Leibniz - el sometimiento del orden físico al orden moral es una exigencia lógica ineludible de todo verdadero orden moral, también del cristiano.

A estas cuatro razones, de naturaleza esencialmente filosófica, quisiera añadir una quinta de naturaleza más estrictamente espiritual y que aventuro, por tanto, de manera más tentativa y con la prudencia del no especialista. En algunos de sus escritos sobre la técnica Nicolás Berdiaev hablaba de una "espiritualidad telúrica" para hacer alusión a esas formas de espiritualidad basadas en el reconocimiento y aceptación de un orden dado de cosas en el universo que hay que reconocer y acatar. El fundamento de la espiritualidad en este estilo de experiencia religiosa reposa en la contemplación y la resignación ante un horizonte inexorable que no corresponde al humano cuestionar, transformar ni transgredir.

Frente a este estilo de espiritualidad podríamos perfilar el de una "espiritualidad titánica" cuya definición más propia sería, justamente, la de confrontación con un orden dado de cosas que debe ser transformado, renovado, rectificado: un hombre nuevo y una tierra nueva. En casi todas las religiones del mundo se pueden apreciar ingredientes de ambas espiritualidades, pero es evidente, que la primera – la telúrica – domina de manera neta y general en casi todas ellas. Cuando uno piensa en la figura de Jesucristo crucificado y se pregunta si estamos ante la culminación de un relato fundamentalmente telúrico o titánico se pone en marcha una reflexión de incuestionable trascendencia filosófica y doctrinal que yo abandono aquí en el mero estado de pregunta.

Si revisamos a la luz de todas estas someras reflexiones lo que ha sido la doctrina pontificia sobre el cambio tecnológico humano veremos que en los escritos más recientes y significativos conviven dos sensibilidades sin duda compatibles pero distintas. La *Populorum Progressio* de Pablo VI, junto con el grueso de los documentos del Vaticano II, así como *Caritas in Veritate*, de Benedicto XVI, inciden más en la singularidad biológica de lo humano y en su deber de perfeccionamiento de la naturaleza. Además de elementos contextuales – se redactan en momentos de mayor optimismo tecnológico y económico -, podríamos decir que se perciben en ellas los ecos de tradiciones filosóficas y teológicas de tendencia más netamente “titánica”.

Aquellas encíclicas en las que San Juan Pablo II aborda la cuestión o la encíclica *Laudato sí*, del Papa Francisco, asumen por el contrario, de manera más o menos explícita, una actitud más “telúrica” y centrada en la conciencia de pertenecer a un orden de realidad esencialmente logrado y común con el resto de la criaturas. A mi modo de ver el diálogo entre estos dos acentos constituye uno de los temas cruciales del pensamiento cristiano en este momento y una buena parte de la acción pastoral de la Iglesia queda pendiente de lo que este diálogo pueda iluminar.

Sugerencias bibliográficas:

Brugarola, M. (1957): *Sociología y teología de la técnica*. Madrid, BAC.

Mitcham, C. (1989): *¿Qué es la filosofía de la tecnología?* Barcelona, Anthropos.

Mitcham, C. y Mackey, R. (eds.) (2004): *Filosofía y tecnología*. (edición española de I. Quintanilla) Madrid, Encuentro.

Quintanilla, I. (2012): *Techné. La filosofía y el sentido de la técnica*. Madrid, Common Ground.